

HOMBRES DE HONOR

EDUARDO MARTÍNEZ
VIQUEIRA



EL DUQUE DE
AHUMADA Y LA
FUNDACIÓN DE LA
GUARDIA CIVIL



Eduardo Martínez Viqueira

HOMBRES DE HONOR

El duque de Ahumada y la fundación de la
Guardia Civil

A todos los miembros de la Guardia Civil que con su abnegación, sacrificio y espíritu de servicio han contribuido a alcanzar su prestigio y a situar al Cuerpo en un lugar destacado en la historia de España.

Abreviaturas utilizadas

AGMS Archivo General Militar de Segovia

BNE Biblioteca Nacional de España

BOE Boletín Oficial del Estado

RAH Archivo Narváez, Real Academia de la Historia

SEHGC Servicio de Estudios Históricos de la Guardia Civil

Introducción

Cuando este libro sale a la luz, España está celebrando el 175.º aniversario de la fundación de su Guardia Civil, que tuvo lugar en la primavera de 1844.

Un capricho de la Historia, o quizás uno de sus guiños, ha querido que también se celebre el mismo año el 150.º aniversario del fallecimiento de Francisco Javier Girón y Ezpeleta, duque de Ahumada, unánimemente reconocido como fundador de la Guardia Civil.

Ambas efemérides tenían que ir unidas, porque ambas historias han discurrido parejas desde siempre, irremediablemente, hasta el punto de que no se entenderían una sin la otra.

Francisco Aguado Sánchez abordó en 1968 la publicación de una completa biografía del duque de Ahumada, que fue reeditada en 1985.

También disponemos de la documentadísima obra de Enrique Martínez Ruiz, *Creación de la Guardia Civil*, publicada en 1976, que comprende toda la etapa fundacional del cuerpo.

Antes y después han sido publicados otros libros y monografías de indudable interés que han analizado, desde diferentes enfoques, numerosos aspectos relativos a la génesis de la Guardia Civil, sus primeros pasos y la figura de su fundador.

Por ello, es importante destacar que estas páginas no pretenden abarcar una biografía del segundo duque de Ahumada, abordando su figura con el nivel de detalle que

permite la extensión del texto. Como tampoco pretenden erigirse en una historia de la etapa fundacional de la Guardia Civil, que requeriría igualmente de mucha mayor extensión. Todo ello, en cierto modo, estaba ya escrito.

Si algo pretende el texto que el lector tiene en sus manos es profundizar en los distintos aspectos que, a lo largo de su vida, han ido dibujando el perfil humano y profesional de Francisco Javier Girón, duque de Ahumada: su personalidad, sus valores, sus dotes organizativas y su indiscutible capacidad de liderazgo, que supo poner al servicio de la fundación de la Guardia Civil. Era Ahumada un hombre de su tiempo, que siempre quiso desmarcarse de viejos postulados del Antiguo Régimen y de banderías políticas que le apartaran del alto concepto en que tenía la institución militar. Asimismo, era un hombre de profundas convicciones, educado en las tradiciones de una familia de rancio linaje, de acendradas virtudes y valores aprendidos de sus antepasados. Y que había sufrido grandes sinsabores y engaños, tanto en su propia piel como en la de sus seres más cercanos.

Pero este libro también permite situar al fundador frente a su obra. Poner de relieve en qué medida grabó su personalidad, temperamento y código de valores sobre la piel del nuevo Instituto. Y cómo supo rodearse de los mejores para lograrlo.

La Guardia Civil nació en 1844 para dar respuesta a la necesidad acuciante del Estado liberal y de la sociedad española de contar con un cuerpo de seguridad de ámbito nacional, profesional, permanente y respetado; capaz de acabar con el bandidaje que se había adueñado del campo español y que se había convertido en endémico en algunas zonas de nuestra geografía.

Además, el Estado necesitaba de una fuerza pública capaz de contener posibles revueltas y de asegurar la ejecu-

ción de las leyes, en la nueva etapa que se iniciaba tras la superación de pasados conflictos. El proceso centralizador que se pretendía abordar necesitaba de una eficaz integración del territorio. Y a ello debía contribuir el nuevo cuerpo, proporcionando seguridad a las vías de comunicación en expansión y extendiendo en lo posible la presencia de la Administración hasta los últimos núcleos de población.

Todos los intentos por constituir un cuerpo de seguridad de estas características habían resultado baldíos hasta entonces, después de insistir una y otra vez en proyectos que adolecían de errores estructurales en su concepción, y carecían de los recursos necesarios para su implantación.

En la creación de la Guardia Civil había depositado muchas esperanzas una sociedad española que estaba cansada de soportar la impunidad de tantos malhechores. Este hartazgo sobre la inseguridad reinante era especialmente perceptible en el ámbito rural, donde sus habitantes, muy apegados a sus tradiciones, no se habían desprendido aún de una sociedad estamental, propia del Antiguo Régimen, que cedía lentamente ante el nuevo Estado liberal. En el otro polo social se situaba la naciente burguesía, con un carácter más urbano, preocupada de sus intereses y la protección de sus propiedades. Se abría, en fin, el nuevo escenario de reparto de la riqueza, como consecuencia de los procesos desamortizadores, y un concepto más moderno de la propiedad privada.

La Guardia Civil echó a andar sobre la base de un sistema civil-militar de relaciones y dependencias que aportaron al cuerpo la estabilidad y equilibrio necesarios para afrontar un vigoroso arranque y un desarrollo sostenido. Además, facilitó el encaje del nuevo cuerpo entre las instituciones del Estado y su arraigo en la población, que ansiaba mayores niveles de seguridad y estabilidad. Por ello, pronto se convirtió en eficaz herramienta en manos del Gobierno, al

extender su despliegue desde los inicios por todo el territorio nacional, aunque todavía de forma precaria.

La Guardia Civil llegaba, además, en un momento de relativa tranquilidad social, de una coyuntura sociopolítica favorable, y con la certera visión de los gobernantes del momento, dispuestos a impulsar la modernización del país y de sus estructuras. Todas estas circunstancias coincidentes en el momento de creación de la Guardia Civil, iban a ser cruciales para poder enfilarse con solvencia, desde su mismo nacimiento, las primeras etapas de su existencia.

Por ello, fue muy determinante la decisión de poner en manos del general Francisco Javier Girón la organización del nuevo cuerpo. A la postre, las expectativas depositadas en el duque de Ahumada, basadas en su prestigio y acreditada capacidad, se verían ampliamente superadas.

Hoy podemos asegurar, sin lugar a dudas, que la Guardia Civil es el primer cuerpo policial creado en España con vocación integral para todo el territorio nacional y que gozó de plenas competencias en materia de seguridad desde su misma fundación. Y tenemos razones para celebrarlo.

En la historia que contiene estas páginas, abordaremos la vida del duque de Ahumada, la creación de la Guardia Civil y el papel trascendental que jugaron tantos hombres que la hicieron posible. Unos, luciendo su uniforme y, en ocasiones, ofreciendo generosos sus vidas; y otros, vistiendo el del Ejército para contribuir a su administración y progreso. Algunos más, en fin, impulsándola, en los momentos críticos; defendiéndola, cuando era necesario; y respetándola, siempre. Y todos, en suma, haciendo gala de los mejores valores compartidos. Porque la que vamos a contar es, ante todo, una historia de hombres de honor.

1. UNA TEMPRANA VOCACIÓN A PRUEBA

Las adversidades de una larga guerra

En la tarde del 11 de marzo de 1803 nació en Pamplona Francisco Javier Girón y Ezpeleta. Concebido en el seno de una ilustre familia militar, Francisco Javier era el hijo único del matrimonio formado por el teniente coronel graduado Pedro Agustín Girón y de las Casas, hijo del tercer marqués de las Amarillas, y de María de la Concepción Ezpeleta y Enrile, hija mayor de los condes de Ezpeleta de Beire. Dos días más tarde era bautizado en la catedral de Pamplona, en una celebración con que se hacía uso por primera vez de la nueva pila bautismal allí instalada.

El hogar que vio nacer a Francisco Javier fue el viejo y frío palacio del virrey de Navarra, que era entonces el abuelo paterno de Francisco Javier. Este cargo, al que iba ligado el de capitán general de Navarra, era ocupado desde 1798 por el teniente general Jerónimo Girón Moctezuma, marqués de las Amarillas.

El virrey Girón contaba entre sus antepasados por vía paterna a Pedro Téllez-Girón, maestre de la Orden de Calatrava a mediados del siglo xv; y, por vía materna, al emperador azteca Moctezuma. Pero su origen hay que buscarlo en la casa de Ahumada, originaria de las montañas de Burgos en la época de la Reconquista. Francisco Ruiz de Ahumada participó, junto a tres de sus hijos, en la conquista de Oviedo junto a don Pelayo y, más tarde, Diego de Ahumada y sus descendientes, en la ocupación de Ronda y otras plazas andaluzas. De este linaje descendía también Teresa de Ce-

peda y Ahumada, la célebre santa abulense doctora de la Iglesia.

Pedro Agustín, el padre de Francisco Javier, estaba entonces destinado en la 3.^a División de Granaderos Provinciales de Andalucía, y había obtenido el grado de teniente coronel por su participación en la breve guerra de las Naranjas contra Portugal en 1801, siéndole concedido más tarde este empleo. Instalado temporalmente en Pamplona después de largas campañas, pudo al fin contraer matrimonio con Concepción Ezpeleta el 5 de julio de 1802, pasando a residir la pareja en el propio palacio del virrey.

Pero aquella vida apacible de los primeros años del convulso siglo XIX pronto se iba a trincar para la familia Girón Ezpeleta. Poco antes del desastre de Trafalgar (1805), Pedro Agustín recibió la orden de incorporarse a su División de Granaderos de Andalucía, para concentrarse en Cádiz. El pequeño Javier quedó inicialmente en Pamplona a cargo de su madre, pero, en marzo de 1807, ella partió también, primero a Madrid y luego a Cádiz, para reencontrarse con su esposo.

A partir de ese momento, Javier permaneció únicamente al cuidado de su abuelo paterno, que había enviudado un par de meses después de su nacimiento. Compañero de juegos y confidencias, aquel niño llegará a sentir por el anciano general un gran cariño y ternura, supliendo así el importante vacío afectivo que dejaba en su pequeño corazón la ausencia de sus padres. Don Jerónimo, de quien tanto aprendió en aquellos primeros años, dejará sin duda un rastro indeleble en la formación del carácter y el temperamento de Francisco Javier, a pesar de su corta edad. Pedro Agustín Girón describe a don Jerónimo, su padre, como de «carácter vigoroso, pero justo y templado; jamás se arrebató, ni la cólera tuvo nunca cabida en su alma generosa y recta» y asegura que: «Superior a los contrastes de la vida,

no se dejó dominar de otra influencia que la de su deber, ni oyó otra voz que la de su virtud».

Pero las intrigas palaciegas hicieron que, en 1807 Manuel Godoy, valido del rey Carlos IV, decidiera apartar de la Corte a José Miguel de Carvajal Vargas, duque de San Carlos, próximo al príncipe Fernando, nombrándole virrey de Navarra. Tal vez con ello pretendía también apartar de la frontera francesa al teniente general Girón, que, receloso de los pactos con Napoleón, había pronosticado las verdaderas intenciones del emperador francés de invadir España, so pretexto de ocupar Portugal, tras la firma del Tratado de Fontainebleau en octubre de 1807. A cambio, Girón era nombrado vocal del Consejo Supremo de Guerra y Marina, debiendo trasladar su residencia a Madrid.

A poco de comenzar el fatídico año de 1808, la división D'Armagnac del ejército francés ocupaba el 16 de febrero la plaza de Pamplona. Para entonces, desencantado, el anciano general Girón, acompañado de su nieto, había ya mudado su domicilio a Madrid. Llegados a la Corte, se habían instalado en una cómoda vivienda de la calle del Reloj, a un paso —paradojas de la vida— del sólido edificio que albergaba entonces el Consejo Supremo de la Inquisición, en la calle de Torija, donde décadas más tarde se ubicará la primera sede de la Guardia Civil, con Francisco Javier al frente. Desde su nueva residencia en la capital de España, don Jerónimo Girón y su nieto de cinco años serán testigos del levantamiento en armas del pueblo de Madrid contra el invasor el 2 mayo de 1808, que servirá de detonante para la toma de conciencia de España como nación que despertaba de su letargo. El veterano general contemplaría aquellas escenas con dolor e impotencia ante una realidad que, en vano, había vaticinado meses atrás. El pequeño Javier, desde su inocencia, lo haría con horror e incomprensión ante tanta violencia desbordada.

Pero debió de ser importante la influencia y prestigio que don Jerónimo Girón alcanzó en el Consejo Supremo de Guerra y Marina, pues pasó a ser su presidente en poco tiempo. Según parece, también fue nombrado por José I Bonaparte consejero de Estado en julio de 1808, confirmado en este cargo en marzo de 1809 y, finalmente, cesado el 1 de octubre siguiente. Ciertamente, desconocemos en qué medida la actuación del general Girón Moctezuma estuvo guiada por el afrancesamiento del que otros también fueron acusados, con mayor o menor fundamento, o si lo fue llevado por un afán más constructivo de contribuir al funcionamiento de las instituciones en un delicado momento para nuestra patria.

Mientras tanto, Pedro Agustín se había adentrado de nuevo en Portugal, encuadrado ahora en el ejército de operaciones que, junto al francés, había invadido el país vecino, obteniendo el 13 de noviembre el grado de coronel. Más tarde, operó en Toledo y en Badajoz, donde su unidad quedó acantonada. Pero el escenario había cambiado y la invasión francesa de nuestro país estaba ya al descubierto. Ante la actitud indecisa de su jefe, Pedro Agustín Girón reunió a su batallón y se dirigió al Campo de Gibraltar para unirse a las fuerzas que mandaba su tío, el general Castaños. Su mujer, que le había acompañado a prudente distancia en todos sus desplazamientos, se instaló en una propiedad de su suegro en Ronda, de donde era natural. Posteriormente, Girón se desplazó con su unidad a Córdoba para integrarse en el Ejército de Andalucía, combatiendo en la defensa del puente de Alcolea. El 19 de julio de 1808 luchó en la batalla de Bailén, obteniendo días después el empleo de brigadier. Tras esta determinante victoria, el ejército de Castaños se dirigió hacia Madrid, lo que supuso para Pedro Agustín el reencuentro con su padre y su hijo, a quienes luego se unió Concepción.

Pero en octubre el brigadier Pedro Agustín Girón tuvo que abandonar a su familia, al dirigirse el ejército de Castaños a Navarra para hacer frente a la nueva oleada de los franceses, que hará retroceder una vez más a las tropas españolas hasta recuperar Madrid.

En febrero de 1809 Pedro Agustín mandaba la 3.^a División del Ejército de Andalucía, que se hubo de replegar sobre Despeñaperros para acantonarse en Sierra Morena. Hasta allí se dirigirá, una vez más, la incansable Concepción Ezpeleta en busca de su esposo. Más tarde, estuvo el brigadier al frente de su unidad en operaciones en La Mancha y la provincia de Toledo, hasta establecerse en La Guardia.

Pero en agosto de 1809, el viejo general Girón no se sentía seguro en Madrid. Las acusaciones que lo tildaban de afrancesado por su cercanía al «Rey Intruso», instigadas por un antiguo rival, provocaron finalmente una orden de detención por la Junta Suprema Central, instalada en Sevilla, para que fuera presentado en Córdoba. Ante tal situación, y temiendo por su seguridad, Girón se disfrazó de arriero, tomó consigo al niño y se presentó en el campamento donde estaba acantonado su hijo con las tropas del Ejército de Andalucía.

La orden de detención llegó a manos del general Venegas, jefe de aquel ejército y superior jerárquico de Pedro Agustín. Venegas era conocedor del prestigio y trayectoria intachable que precedía al antiguo virrey de Navarra, por quien sentía gran aprecio. Además, también sabía que la exacerbación patriótica que se había apoderado de algunos sectores en la España que los franceses no ocupaban estaba provocando numerosas acusaciones, fundadas o no, de actitudes contrarias a la causa nacional y de connivencia con los intereses de los invasores. Por ello consideró que la forma menos lesiva de llevar a cabo aquella medida era dejarla en manos de su propio hijo, para que la ejecutase con

la dignidad que la condición del anciano general merecía. Pese a lo doloroso de la situación, Pedro Agustín cumplió la orden e hizo acompañar a su padre y al pequeño Javier por un oficial de su entera confianza, haciendo en posta — esto es, en carruaje tirado por caballos que eran relevados a lo largo del trayecto— el largo viaje hasta Córdoba.

Una vez presentado ante las autoridades, y tras un breve arresto, Jerónimo Girón fue autorizado a desplazarse a La Carolina, donde se instaló bajo el cuidado de su nuera Concepción y la compañía de su inseparable nieto, hasta que fue obligado a desplazarse a Sevilla para facilitar el control sobre su persona.

El Ejército español que mandaba el general Venegas sufrió sucesivas derrotas en agosto de 1809 en Almonacid (Toledo) y en noviembre, en la batalla de Ocaña. En ella había tomado parte activa, al frente de una de las divisiones, el mariscal de campo Girón, que ostentaba este empleo desde agosto de ese año. Aquella retirada, unida a la subsiguiente derrota en Sierra Morena, hizo posible que las tropas francesas avanzaran sin mucha resistencia y entraran en Sevilla el 1 de febrero de 1810. Aquellos reveses provocaron la apertura de una causa contra Girón y otros generales a finales de 1809 pero, tras una brillante defensa, Pedro Agustín quedó libre de cargos.

La inminente entrada del Ejército francés en Sevilla había determinado el abandono de la capital andaluza por la Junta Central, que pasó a instalarse en la isla de León, en San Fernando, con la denominación de Regencia de España e Indias. La población sevillana provocó graves desórdenes y se aprestó a la defensa de la ciudad ante la situación de indefensión en que, según consideraba, la habían dejado con su huida las autoridades, al tiempo que una parte comenzaba a abandonar la ciudad. En aquella difícil situación, don Jerónimo Girón decidió que debía también huir de los fran-

ceses para no ser acusado nuevamente de connivencia. Sin apenas opciones, el destino elegido esta vez fue la población de Ayamonte (Huelva), donde residía su hermano José, coronel de Milicias Urbanas.

No obstante, don Jerónimo quería terminar de una vez con aquella acusación que pesaba sobre él, por lo que, dispuesto a someterse al juicio de la Regencia, poco después emprendió por mar una peligrosa travesía hasta Cádiz, acompañado de su nuera y su nieto Javier, en la que se vieron sorprendidos por un fuerte temporal. Una vez en Cádiz, se unió Pedro Agustín al grupo familiar mientras permaneció de guarnición con su unidad, e intentó mediar ante la Regencia para resolver la situación de su padre, pero sus esfuerzos no obtuvieron fruto alguno.

Mientras el ejército francés estaba empeñado en el asedio de la plaza de Cádiz, las tropas de Wellington intensificaron la ofensiva desde Portugal y los ejércitos aliados consiguieron sonadas victorias, participando Pedro Agustín Girón con su unidad en las batallas de Talavera (1809), en la línea de Torres Vedras (1810) y los Arapiles (1812). La guerra empezaba a dar su giro definitivo.

El 27 de agosto de 1812 las tropas francesas del mariscal Soult abandonaban la ciudad de Sevilla. Parecía llegado el momento de que don Jerónimo Girón se presentara de nuevo en la capital andaluza para resolver definitivamente su situación. El marqués de las Amarillas dejaba Cádiz después de haber subsistido durante casi dos años y medio, malvendiendo los bienes y efectos que había trasladado consigo. Aquel tiempo había permanecido en su compañía y bajo su cuidado su inseparable nieto Javier, pues doña Concepción Ezpeleta de nuevo había seguido fielmente los pasos de su esposo en su intensa campaña contra los franceses.